

XIII.

ESPIRITU DE CUERPO.

Para consolidar el espíritu de Cuerpo, es preciso que se aleje de los individuos que lo componen la mezquina idea del egoísmo.

El egoísta que sólo anhela para sí y que nada cede, nada sacrifica á los demás, al fin se verá aislado, y cuando lo abrumen las penas que son inherentes á la humanidad, por lo que nadie puede eximirse de ellas, y menos en una profesión tan azarosa como la de las armas, se contemplará aislado entre sus compañeros, sin ayuda alguna, cual si viviera en un desierto. A ese hombre ninguno le tiende la mano cuando cae, y se apartan todos de él con indiferencia al ver que se desploma; es un ser inútil para los demás y nada significa que se pierda. Acomodaticio, sin ceder ni lo que le sobra, sin querer molestarse en dar un solo paso para el alivio de otro, no tendrá quien le ceda lo que más necesite, ni quien trabaje por su bien cuando se sienta sucumbir bajo el peso del infortunio.

Vemos hombres que difícilmente ó jamás progresan en la profesión que adoptan, y es que inspirados en el egoísmo, jamás han ayudado á nadie y nadie les ayuda, quedando en su abandono sólo poseedores de su ruin pasión, esa pasión tan mezquina, que no alcanza á comprender que el

hombre necesita de los demás, y que por lo mismo debe á ellos la justa reciprocidad, sacrificando parte de lo que tiene ó puede al conjunto

Es tan estúpida la idea del egoísmo, que hasta los salvajes que no conocen las prácticas sociales, se adelantan á los seres egoístas, pues se reúnen en tribus para protegerse, para ayudarse mutuamente y formar un todo que algo pueda.

El hombre con sus aislados esfuerzos es un átomo sin valor en la humanidad, por eso los hombres civilizados se estrechan en el fecundo seno de las sociedades y todo lo dominan así, progresando siempre.

El ejército está fraccionado en distintas corporaciones, y estas corporaciones, para que sean fuertes, es preciso que se unifiquen condensándose en un solo espíritu.

Hay que principiar por vivir en sociedad con los compañeros de armas, y el militar, tanto de ellos como de otras personas á quienes trate, será más querido, mientras mejores sean sus maneras, por lo que deberá procurar ser afable y cortés, resaltando tanto más en él esas prendas sociales, cuanto más elevada sea su posición ó cuantas más virtudes militares le adornen.

Es innegable que el buen soldado, que á más de serlo posee maneras corteses, se verá mejor mirado que el incivil y el desatento, que necesariamente repugna á cuantos están en contacto con él.

Qué más grata satisfacción que vivir entre compañeros que nos tratan con estimación; entre personas que algo nos deben y que se sienten agradecidas. Descansamos con ellas como si fuesen se-

res de nuestra familia; nuestra alma siente expansión y confianza en su compañía. . . . Nuestros compañeros de armas son la familia que aceptamos desde que salimos de los umbrales del hogar doméstico, y debemos mirarlos con cariño por esto. Partimos con ellos nuestro pan y seguimos todos los azares de una vida procelosa; y si caemos en la senda desigual de la existencia, siempre entre ellos encontramos una mano que nos levanta, y si sucumbimos, entre ellos hallamos quien cierre nuestros ojos.

La mutua ayuda es un consuelo para la humanidad que sufre, y en la profesión militar, rodeada de contratiempos y de peligros se hace más necesaria: por eso aclamo el espíritu de cuerpo.

El espíritu de cuerpo es esa fraternidad exenta de todo egoísmo, que funde los intereses de todos; son los diversos elementos individuales que, uniéndose con el lazo del compañerismo, forman un armonioso conjunto. Cada uno de los individuos que componen el Cuerpo lo cuidan como bien colectivo, defienden con anhelo su reputación y la levantan al más alto grado. Cuando ese espíritu no alienta á una corporación, ella es débil, quebradiza, y su reputación y su existencia está en peligro con los mismos que la forman, y que en lugar de conservarla la desgarran con su discordia interior.

La discordia en una corporación cualquiera, es una gangrena que debilitándola apresuradamente, la mata cuando al fin llega á su corazón. La desorganización, el desorden, son los síntomas fatales de la discordia. Y ninguna corporación más que la militar necesita de todo el poder que da la unión,

pues tiene que vencer inmensas dificultades: ella está formada para resistir las fatigas más penosas, y para llevar á cabo los más grandes sacrificios; tiene que sumar sus esfuerzos en uno solo, sobreponiéndose á todo, para poder llegar á arrancar á toda costa el laurel de la victoria al genio de la guerra, ó para refugiarse valientemente en el seno de la abnegación cuando viene la adversidad.

parece imposible que entre compañeros que viven bajo el mismo techo, que sufren la misma desgracia ó gozan la misma fortuna, y que anhelan la propia gloria, no haya una amistad sincera que los estreche cordialmente. Compañeros en el sacrificio y en la felicidad, compañeros hasta el supremo momento del no ser, que se ayuden siempre, que se restañen las heridas, que cedan sus vestidos para cubrir de la intemperie al mutilado compañero. Que lo hagan así, que nunca olviden la posibilidad de que deshecha su existencia en un combate, tengan que dormir en una misma fosa ó descansar sus cadáveres insepultos en el mismo pavimento. Que se amen como hermanos ya que están unidos en la tierra con los lazos de la fortuna ó del martirio.

XIV.

CONCLUSION.

Dada la índole de estas conversaciones, intencionalmente no he querido citar en el curso de ellas ejemplos de las virtudes que los soldados mexicanos tienen.

No me juzgo con la imparcialidad necesaria para hablar de la epopeya de nuestra primera independencia, porque acerbos recuerdos de aquellos tiempos me harían tal vez no detenerme en el límite de lo justo. ni al elogiar á nuestros héroes, ni al tratar de nuestros enemigos de entonces.

Después de esa guerra vino otra en que se vieron muchos heróicos rasgos dignos de figurar en los fastos de la universal historia, para brillar entre los más grandiosos; pero por nuestra desgracia están oscurecidos bajo la sombra siniestra de las enlutadas alas del espíritu de partido que ha desgarrado en contiendas interiores nuestra joven patria, ¡y cómo hablar de nuestros rencores fratricidas de ayer, cuando todavía existen campeones de esa lucha!

En cuanto á los héroes de la segunda independencia, tengo que decir que no debo dar mi juicio sobre mis contemporáneos ¿mas quién no sabe que entre nuestros soldados no son extrañas las virtudes de los antiguos espartanos, ni los hechos semejantes á los de Guzmán el Bueno, que prefiere

la muerte cierta de sus hijos á la deshonra de sus armas? ¿Quién no sabe que estos soldados mestizos, descendientes del español y el indio, tienen la brava caballería del uno y la estoica serenidad del otro; el genio aventurero del hispano y la inquebrantable constancia del infatigable hijo de las selvas americanas?

En nuestros soldados, que generalmente se han visto abandonados á sus solas inclinaciones, hay que admirar muy bellas cualidades. Los vemos casi siempre resignados en el sufrimiento, sin que una queja demuestre sus dolores; si la muerte va á caer sobre su cabeza, no se humillan para pedir la vida, y esperan con digna altivez el momento fatal, sin que una lágrima empañe su mirada. Los vemos que engreídos en el cariño de su jefe, le sirven de muralla en el combate, y si cae herido, lo toman en sus brazos y lo salvan sin pensar en su propia existencia, rodeada de peligros. Sin pan y sin vestidos hacen largas jornadas por ásperos caminos, acampando á la intemperie, sufriendo así vigorosos las fatigas y las penalidades.

Que se cultiven esas cualidades innatas en nuestra raza belicosa, sufrida y sobria, como cada oficial debe tratar de hacerlo con los que manda, y los soldados mexicanos llegarán entonces á alcanzar el lugar que les corresponde.

Este ejército, animado por un verdadero espíritu guerrero, sólo necesita una asidua y constante dirección para elevarse á la perfección militar.

Y el buen ejército es tanto más indispensable en México, que puede tener enemigos poderosos en el extranjero, cuanto que desmoralizado el país por las revueltas políticas sufridas, necesita imperiosa-

mente un poder emanado de las leyes, que lo sujete al orden y á la paz, para que se proceda á la definitiva organización nacional, que traerá el engrandecimiento de la patria. Para hacer frente al espíritu de la discordia que agita la nación, es preciso el inquebrantable espíritu del orden que representa un ejército disciplinado.

“La mayor palanca de acción, dice un insigne “guerrero, es la fuerza militar *dada por la ley y dirigida por el genio.*”

Formado como está el ejército nacional, por ministerio de la ley, para sostener los poderes, para dar garantías á la sociedad y para defender los derechos de la patria, ilustrándose, cultivando sus cualidades naturales y engrandeciendo su espíritu con el ejemplo de heróicas virtudes, portándose como cumple á sus sagrados deberes, vendrá á ser el más sólido cimiento del brillante porvenir que á la República Mexicana espera, una vez que pueda sofocar para siempre las contiendas civiles, haciendo respetable á la nación en el exterior.

Un ejército instruído, levantado en su moralidad, bien organizado, será el corazón valiente, el acerado escudo, la espada justiciera de nuestra patria, que tan gran papel tiene que desempeñar en este mundo nuevo, en este continente americano, en cuyo centro está situada, dividiendo sus mares, sus tierras y sus dos predominantes razas.

Os he dicho, pues, ya, cuál es la misión del ejército, cuál es nuestra misión; que cada uno, por su honor y por su patria, según su puesto, trate de cumplirla.



APENDICE.

Al editarse por cuarta vez las “Conversaciones Militares,” que en 1879 publiqué en San Luis Potosí, siendo Coronel del 6.^o Regimiento, doy lugar, por vía de apéndice á ellas, á la *introducción y conclusión* de mi monografía titulada “El Ejército Mexicano,” la que escribí el 1899, siendo General de Brigada y Gobernador del Estado de Nuevo León, para formar parte de la obra “México, su Evolución Social;” y lo principal de un discurso que pronuncié con carácter de Ministro de la Guerra, en la clausura de las primeras conferencias científicas de la Asociación del Colegio Militar, en 1902.

MONOGRAFIA

“EL EJERCITO MEXICANO”

INTRODUCCION Y CONCLUSION DE LA MISMA

Vamos á presentar al Ejército Mexicano, y tenemos que hablar de sus orígenes, de las razas que formaron sus contingentes, de la sangre y de los nervios que concurrieron á dar vida al protoplasma, de los ideales que lo iluminaron, de la escuela de sus dolorosas experiencias, y de las enseñanzas en que se ilustrara. Todo ello lo haremos con la brevedad que demanda el limitado espacio de que disponemos; y hay que advertir que la vida del Ejército es la vida de México, la reseña de esa institución, es una reseña nacional, dado que nuestro país ha sido esencialmente militar, hasta hace pocos lustros en que, conquistada la paz, entró en una nueva era.

Si abrimos los ojos atentos á la Historia, miramos las venerandas sombras del pasado alzarse melancólicas, solemnes, y hablarnos de los tiempos que no son; las oímos decirnos qué moléculas integraron el sér que hoy nos alienta; qué rayos de luz,

al pensamiento que nuestros espíritus enciende; qué sangre, empapando nuestros campos, marcó la vía en que caminamos; qué sacrificios nuestros mayores consumaron; qué angustias sufrieron, y á qué heroicidades, elevándose, una patria con gloria nos legaron.

*
* *

Después de la *introducción* que antecede, se hace á grandes rasgos la historia del Ejército, y se detalla el estado en que se encuentra, para finalizar con la siguiente *conclusión*:

Hemos pasado por las amargas pruebas que nos impuso la ley ineludible de nuestros antecedentes históricos, de los atavismos de las razas de que somos la resultante, de la ebullición de sangres enemigas, que se mezclaron con sus odios y sus energías contrarias; y al fin, depurados por el fuego de todos los tormentos, acrisolados, después de sufrir el martirio de tremendas luchas, nos podemos presentar ante el mundo con un ejército que ha sabido, sacrificándose, formándose entre la matanza, salvar la independencia y la libertad de la Patria, formidablemente amenazadas en un luctuoso periodo de sesenta años de constantes guerras.

Aquí está, pues, este ejército mexicano, con sus 26,000 soldados en la paz, con sus 160,000 soldados en la guerra, teniendo por historia la que hemos trazado, por norma el deber, y por religión el honor.

Para saber cómo este ejército ha venido á formarse, hemos asistido á la gran epopeya de la República, y hemos visto á sus héroes luchar, remontrándose gloriosos á la luminosa región de los inmortales.

¡Qué cuadro hemos presentado! Se esboza el campo con su maleza bravía, su arboleda sombría, sus montañas y sus torrentes salvajes; el flechero cazador allí, es el guerrero que disputa la presa ensangrentada, y alza el chuzo con nervioso empuje, y lo hunde en el pecho del contrario.

Aparece la tribu armada de lanza y arco, que defiende un campo en que hizo brotar la planta noble, que brinda el alimento tan buscado. Se advierte la ciudad embrionaria, que se apresta á la lucha por su sosiego, en que anhelante trabaja por su bien, y que turba la atrevida hueste, ávida de botín. Se mira la nación, la raza que reúne sus contingentes, y que forma las falanges guerreras, que defienden la tierra en que se extiende y se sustenta, la tierra en que su vida desarrolla, ó que se lanza á dar más amplitud á las fronteras, á buscar para su acción nuevos países.

Es la raza azteca esa raza, y se la ve asentarse en el Anáhuac, sobre un valle cubierto de lagos y arboledas; se la ve combatiendo con los vecinos, y organizando un ejército asombroso; pero hombres extraordinarios, cubiertos de hierro, invulnerables á las armas de los aborígenes, y que disponen del fuego y del rayo (el arcabuz y el cañón), aparecen por el Oriente, aliados con sus innúmeros y antes vencidos enemigos, y ahogan á sus guerreros en su sangre, y sujetan al pueblo subyugado á largo cautiverio.

De la mezcla de conquistadores y cautivas, nace una nueva y ardorosa gente, que arroja al fin á los advenedizos que, siempre engreídos, conservar quisieron el dominio, cansándolos, vencéndolos en

cruenta, prolongada guerra; y entonces se forma una nacionalidad heterogénea, la nacionalidad mexicana, de distintos orígenes y aspiraciones, de ilustración diversa; y luego esa nación es campo de anarquía: conmueven por sesenta años su tierra, la pelea y la lucha contra propios y extraños. ¡Cuánta sangre y qué vitalidad para soportar las terribles y constantes hecatombes!

¡Qué época la de nuestras guerras! ¡Los batallones que combaten, y sus restos ensangrentados que son vencidos ó que triunfan; los escuadrones arrebatados por el vértigo de la carga, que caen destrozados; los cañones que truenan é iluminan siniestramente; los estandartes flotando, corriendo como llamas encendedoras, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronces, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas: tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!

Y así, despedazados por ellas, nos agobia la invasión anglo-sajona, y luego, más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada nos agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República gloriosa; se yergue al cielo por el ejército sostenida, la nacional bandera mexicana.

Al reflejarnos la Historia en su gigante espejo fiel, la perspectiva de los tiempos idos, el vértigo de lo infinito nos invade, se siente el deseo de acciones grandes, y la emoción, electrizando nuestros nervios, nubla la vista y aprieta el corazón.

LO QUE ES EL EJERCITO.

(DISCURSO DEL AUTOR)

Estas conferencias han sido motivo de satisfacción para el Gobierno. Todas las armas y servicios han tenido un representante en su tribuna.

Como en arco triunfal de entrada, un orador brillante pronuncia el discurso inaugural; y después, en marcha y el marcial desfile.

La Infantería, la que no tiene que escogitar terreno para combatir; la que se aventura en el profundo subterráneo, para alumbrarlo con sus fuegos en el encuentro sombrío; la que perseverante, defiende la muralla; la que ataca y muere sobre la brecha; la que bajo el golpe de los proyectiles enemigos, escala el muro, la que pelea en mar y tierra, en la montaña y en el valle; la principal arma del Ejército; la que es protoplasma donde viven y alientan las otras armas; la infantería, tuvo su intérprete, que nos habló en general de ella, y expuso sus personales opiniones sobre la indumentaria y el tiro.

Puntos interesantísimos, de que se ocupa con empeño y atención la Secretaría de Guerra: *la indumentaria*, que envuelve lo relativo á la higiene en

las diarias funciones, mayor desahogo en las marchas y facilidad de acción de cada combatiente; *el tiro*, cuyo ejercicio y perfeccionamiento significa en el arma de que se trata, dotada con su potente fusil moderno de alcance asombroso, el principal poderoso agente de sus triunfos . . . !

Alguien ha dicho con verdad, que las condiciones indispensables del soldado de infantería, son: *saber marchar con rapidez y desahogo*, en lo que interviene la indumentaria; *y sobre todo, saber tirar*.

La marcha en las previas operaciones estratégicas; *la marcha* en las maniobras tácticas, y luego las filas se conmueven, y *al paso veloz* toman formaciones de combate: el enemigo está al frente; las bandas lanzan á los aires el electrizador *paso de ataque*, y suenan los mortíferos fuegos de la fusilería, segando vidas, y el *paso de ataque*, que no cesa de oírse, tonante, enfurecido, obliga, impele tiránico á marchar, á avanzar, á hacer fuego, á embrazar al fin el arma, y á *paso de carga*, hollando cuerpos sangrientos, arrastra hasta abordar al enemigo á la bayoneta . . . !

¡Rugen las olas que se encuentran!

Pero *la marcha, el fuego*: he allí el desideratum de las victorias en la Infantería.

La Caballería, la que valiente explora y da seguridad á los ejércitos; la que lanza adelante sus débiles patrullas, por montes y veredas intrincadas en la negrura de la noche; la que, tras ellas, arroja á vanguardia Escuadrones para sorprender y estorbar á los contrarios en sus operaciones de movilización, y en las marchas parciales que tienen de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1911

ejecutar para concentrarse antes de embestir; la que dislocada corre al galope por campos y por serranías á buscar al enemigo; la arma plástica, que toma todos los contornos que afectan en sus marchas y formaciones las tropas contrarias que avanzan; la que audaz va de cerca y por los vacíos que dejan, á atisbarlas para darse y dar cuenta de sus efectivos y de su situación; la atrevida, que corre á tentarles el corazón para saber si medrozas ó con bravura avanzan; la inteligente, que por lo que mira y siente, prevé los designios del contrario, para prevenir y dar avisos oportunos al General Jefe del Ejército, de lo que mira, de lo que siente, de lo que toca y de lo que conjetura; la que al enfrentarse los opuestos bandos, se dispone, arma de asalto y de combate, como ha sido preciso convenir que sea, después de vacilaciones que motivaron á mediados del siglo anterior, la infeliz vergonzosa decadencia de la ciencia y del arte que renacen; se dispone, arma de asalto y de combate, repito, para efectuar su tempestuoso encuentro, á donde tiene de llevar todos sus entusiasmos y energías, todo lo que de divino hay en la aspiración inmensa de la gloria; porque la prueba es terrible, es grandiosa. Son dos huracanes que se chocan, ó es el alud que se desprende espantable, sobre infantería y cañones que con su fuego derraman por doquier la muerte.

¡Ay de la caballería que en la carga vacile!

Los instantes, son combatientes que á centenares caen bajo la onda de acero que á los aires lanza el fuego del fusil y del cañón. ¡No hay que volverse á verlos; el ojo avisor al frente, y que corra, que ardiente corra el caballo volador!

¡Al enemigo, al enemigo, á la destrucción, al abismo, á la gloria . . . !

¡Qué hermosos, qué inmensos sacrificios tiene que consumir la caballería en el triunfo ó en la derrota, en la que se le pide, á trueque de quedar deshecha, que proteja con su masa, ya sangrienta, la retirada de las otras armas, exigiéndole que el último dragón, al menos, corra á dar aviso del postrer desastre!

¡Ah! no en vano el General Foy, cuando apenas terminaban los heróicos tiempos napoleónicos, con entusiasmo y divino asombro, decía: para mandar ese huracán que se llama Caballería, hay que ser sobre el bruto un centauro; tener el valor del león, la mirada del águila, la voz del trueno y la decisión del rayo.

Dos oradores, en las conferencias hablaron respecto de esa arma: el primero, reseñando á grandes, vigorosos rasgos, su alteza, su caída y renacimiento en el pasado siglo; y el segundo, pintando en lo principal, su activo servicio de vanguardia, recordando al efecto estudios referentes del Teniente Coronel Cherfils.

La Caballería, por los servicios á que tiene que entregarse, por los supremos esfuerzos que se le exigen, más grandes mientras más el fusil y el cañón mejoren, demanda tener gran instrucción, firmísima disciplina, á fin de ser expedita é inteligente en sus funciones estratégicas; relámpago en la maniobra, estrepitosa y brillante, ciego torrente de la lava de un volcán.

La Artillería, la portentosa, la que en su estado de relativo atraso, desde la época de Napoleón,